
22101977964





# EL ARTE MONUMENTAL AMERICANO

ATENEO DE MADRID



# EL ARTE MONUMENTAL AMERICANO

CONFERENCIA

DE

DON JUAN FACUNDO RIAÑO

pronunciada el día 26 de Mayo de 1891



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20

1892

En el extenso territorio de ambas Américas se encuentran esparcidos, en número considerable, monumentos antiguos de diversa índole, que responden á los diferentes estados de cultura de aquellas razas, desde los tiempos más remotos hasta la época de los descubrimientos y conquistas por los europeos. Los restos conocidos hasta ahora comprenden importantes obras arquitectónicas, esculturas, pinturas, y multitud de objetos pertenecientes á trabajos artísticos ó industriales. Constituyen indudablemente un conjunto de grandísimo y especial interés para la arqueología y para la historia; de cuyo análisis y conocimiento, una vez emprendidos sobre verdaderos fundamentos críticos, hay que esperar la solución de innumerables problemas, que obscurecen hoy los orígenes de los primitivos pobladores americanos.

Entre la suma total de los mencionados restos sobresalen dos grupos de construcciones, que supongo corresponden á los dos centros principales de civilización en aquellas comarcas: el uno á la región de México y Yucatán; el otro á la del Perú. Ambos presentan caracteres propios, aunque diversos entre sí, y su breve estudio y comparación con otros monumentos del antiguo continente serán el asunto concreto de la presente conferencia.

La historia de México, á semejanza de la de Egipto, no principia, á lo que parece, con hechos y personajes de carácter mitológico, como sucede generalmente al investigar los orígenes

de otros pueblos antiguos; sino que personajes y acontecimientos reflejan la realidad en lo que de ellos se narra. Dos razas poderosas se establecen consecutivamente en aquel país, lo dominan y desarrollan importantes elementos de cultura: la raza tolteca aparece primero, hacia el siglo VI de nuestra era cristiana, la cual gobierna con éxito hasta tanto que en el siglo XI, próximamente, cede por fuerza el imperio á la raza azteca, que invade el territorio y lo domina, persistiendo en su posesión á la llegada y conquista de Hernán Cortés. Suponemos que los importantes restos de construcciones antiguas que se conservan en la actualidad corresponden á estos dos períodos históricos, de cinco siglos cada uno de ellos; pero cuáles sean sus antecedentes, cuáles los orígenes de sus formas artísticas, de sus modificaciones, de sus transiciones, hasta llegar al estado de perfección en que nosotros los conocemos, son asuntos de solución muy difícil, y acaso imposible, mientras tanto que las investigaciones no salgan de la situación elemental en que se encuentran todavía.

Figura como más excelente y principal de los antiguos edificios de este país el que se conoce con el nombre de *Teocalli*, «casa de Dios», de cuya clase hay bastante número y variedad de formas, lo mismo en Yucatán que en México, y aun diferentes dentro de cada localidad. Afectan todos ellos la hechura de pirámide, truncada en su último tercio, con el fin de dejar en aquella altura una explanada ó espacio libre para levantar un templete ó adoratorio, que encerrase las imágenes y representaciones sagradas, objeto de la veneración del pueblo. Se ascendía generalmente al pequeño santuario por medio de escaleras, y con este motivo se producían las mayores variedades de estructura en la que pudiéramos llamar forma fundamental; porque unas veces los escalones son continuos é iguales por los cuatro lados de la pirámide, desde la base hasta la plataforma; otras ocupa solamente la escalinata el centro de cada una de las caras laterales, formando cuatro ranuras en sus superficies; y no faltan ejemplos de sustituir las aristas de los ángulos por convexidades, abultamientos, ú otras modificaciones de su estructura en combinación con los peldaños de la subida. Hay que reconocer fantasía en los artistas que imaginaron los Teocallis al verlos

realizar formas tan variadas de construcción sobre un tipo tan primitivo y sencillo. El catálogo de estos monumentos es, como digo, numeroso, mereciendo señalarse especialmente los Teocallis de Tehuantepec en Ojaca, de Palenque, de Xochicalco y de Cholula.

La ornamentación de sus vanos y espacios decorables es por extremo exuberante en relieves y pinturas, que representan seres mitológicos de extrañas y originales apariencias, alternando con trazas geométricas ó dibujos de puro adorno. Descúbrense en algunos pormenores ciertos parecidos ó semejanzas con modelos pertenecientes á restos del antiguo Egipto, sin que falten autores modernos que llamen la atención acerca de semejantes coincidencias: no las discuto ni las extraño, tratándose del pueblo que inicia la historia general del arte, y cuyos motivos de ornamentación han sido arsenal copioso por espacio de siglos y siglos para tantos Estados como desarrollan cultura artística en Oriente y Occidente hasta la caída del Imperio romano; pero no puede deducirse de estas analogías, ni del empleo de alfabetos jeroglíficos por los mexicanos, ni menos, y especialmente, de la forma piramidal de los Teocallis, la copia directa é intencional de la pirámide egipcia. Porque desde luego salta á la vista la primera y principal diferencia, que es la relativa al objeto y destino del monumento: en México se emplean estos edificios para templos, con las condiciones necesarias para sus ceremonias y ritos religiosos, y con las facilidades convenientes para la concurrencia del público. En Egipto, las pirámides son tumbas, sin acceso posible á las cámaras sepulcrales por parte del público ni de nadie, puesto que intencionalmente se cerraba la entrada, para que fuese ignorada perpetuamente, ocultándola debajo de los revestimientos exteriores. Y de la misma manera que en el fondo, se demuestran grandísimas diferencias en la forma, la cual es variada y múltiple en los Teocallis, como acaba de indicarse, y con la modificación especial de truncar la figura para producir la plataforma destinada al adoratorio: en Egipto, la pirámide es completa, sin aditamento alguno; están construídos en disminución sus cuatro lados lisos, desde la base hasta la cúspide.

No se reducen al grupo de los Teocallis los vestigios de mo-

numentos antiguos encontrados en México y Yucatán: los hay numerosos é importantes, revestidos asimismo de ornamentación fastuosa en trabajos de pintura y escultura, los cuales suponemos que corresponden á edificios de carácter civil, torres, palacios y otras construcciones, cuya parte superior ha caído por tierra, y no permite establecer con la claridad debida su primitivo destino. Se pueden indicar, como los más señalados y conocidos, el palacio de Mitla, el de Zayi, el de Chichen Itza y la casa de las monjas y del Gobernador de Uxmal.

Conviene consignar ahora, con el fin de tenerla en cuenta más adelante, la teoría de algunos autores que se ocupan de los orígenes de la arquitectura, con relación á las localidades de donde proceden los diversos pueblos que han determinado su desarrollo y progreso. Porque de ello resulta que, si, en un estado primitivo de cultura, han tenido á su disposición grandes cantidades de árboles, y con ellos han comenzado sus construcciones más rudimentarias, andando el tiempo y mejorando sus condiciones, han continuado, no solamente la costumbre de edificar con madera, sino que al levantar monumentos de piedra y de otros materiales costosos, la tradición se ha impuesto repitiendo en las nuevas fábricas multitud de adornos, de molduras, de filetes, de divisiones de miembros arquitectónicos, que no tienen otra razón, ejecutados en piedra, sino el recuerdo de las primitivas tallas y organismos, cuando eran material único los árboles. A este género de arquitectura pertenecen las de México y de Yucatán, como pertenecen otras de Oriente y de Occidente.

Por el contrario, dicen los autores á que aludo, si otros pueblos han comenzado su vida aprovechando cuevas y demás accidentes del terreno para utilizarlos y convertirlos en espacios habitables, con escasez ó privación absoluta de madera, sucede que al desarrollar posteriormente su actividad y las ventajas de su engrandecimiento, han conservado tradicionalmente y del mismo modo el recuerdo de los primitivos trabajos y estructuras debidos al material empleado; á la piedra. Y á este grupo corresponden en su mayoría las construcciones antiguas del Perú, y especialmente aquellas que han de ser objeto de mi estudio.

Comienzan las relaciones históricas del Perú con la aparición del inca Manco Capac, del cual dicen que se estableció con su esposa en el siglo XIII de nuestra era en la gran isla del lago de Titicaca, pretendiendo venir directamente del cielo, y ser descendientes del sol; cuya adoración al astro parece que fué la dominante en aquel país hasta la llegada de los españoles. Puede aceptarse como tradición en cuanto responde á la idea de personaje que viene de otra localidad, pero no en cuanto á la fecha, indudablemente moderna con relación al carácter de los monumentos de la arquitectura peruana atribuída á los incas. Descuellan entre éstos, como más conocidos y estudiados: el llamado palacio de Manco Capac, que se levanta en una de las islas del gran lago; la casa de las monjas ó vírgenes dedicadas al culto del sol; las tumbas que hay en el camino del Cuzco á Sinca; las sillas de los jueces y las murallas ciclópeas ó poligonales del Cuzco. Nos encontramos aquí con una serie de edificios hechos exclusivamente de piedra, nada de madera ni de construcción mixta, y los cuales se distinguen generalmente por la ausencia de ornamentación, y en los que la sobriedad de líneas llega hasta los últimos límites. No es decir que en el vasto imperio de los incas se desconociera el adorno, todo lo contrario; pues millares de objetos, profusa y hábilmente decorados, atestiguan que fueron peritos en la materia; ni se niega tampoco la existencia de planos decorados en otros edificios antiguos del país, como se ven en las ruinas del palacio de Chimu, en las de Hatuncolla y en otras; pero en los restos del arte monumental que van indicados no sucede lo mismo. Hay que fijarse desde luego en los pormenores de la construcción, que son muy interesantes para el estudio y conclusiones que pretendo exponer; porque nos encontramos aquí con un sistema que no es solamente análogo, sino idéntico y de perfecta identidad con el de las construcciones griegas arcaicas y etruscas, que datan de más de cinco ó seis siglos anteriores á la era cristiana. Las murallas del Cuzco obedecen al mismo sistema de edificación que las de Mycena, Tirinto, Cremona, Vulci, Tarragona y de otra multitud de poblaciones fundadas por etruscos y griegos: están hechas aquí y allí con enormes bloques de piedra de forma irregular, colocados en tandas ó hileras de desigual altura, y con los hue-

cos ó intersticios rellenos de piedras más pequeñas para igualar, aunque groseramente, los planos del muro. Es lo que se llama construcción poligonal, por la infinidad de lados que presentan los bloques, usados tal como se arrancaban de las canteras. Esta clase de obra se empleaba comunmente en la base ó arranque del edificio, y sobre ella continuaba la construcción con sillares labrados, aunque desiguales también en longitud y altura, y no falta alguno que otro ejemplo en que los sillares afectan ya la forma rectangular, colocados en hiladas iguales, con las uniones verticales dispuestas de manera que caigan en los centros de los rectángulos, ó sea adoptando el perfecto sistema de este género de obras, el *opus quadratum* de los romanos, que no ha variado después.

No se concretan á estos solos hechos las coincidencias que me permitiría llamar *etruscas;* porque en puertas, ventanas y otras diversas perforaciones de los muros de muchos edificios, se emplea la forma de trapecio, de igual manera que aparece en los antiguos restos de la Etruria. Tiene esta forma la ventaja indiscutible de que, reduciendo el tamaño del dintel se aumenta considerablemente la solidez de la fábrica, sin perjudicar, en las puertas de entrada, á la amplitud de la parte baja necesaria para el ingreso. Tiene el inconveniente, de que no pueden menos de desentonar, sólo como cuestión de aspecto, las líneas diagonales de las jambas, donde todas las demás líneas de la construcción son verticales ú horizontales; pero, á remediar en lo posible este defecto de la vista, acudieron los etruscos con el recurso de colocar en la parte superior una ó más molduras salientes, de mayor tamaño lateral que el dintel, las cuales compensan la deficiencia, y dan á las perforaciones su propio aspecto rectangular. En resumen, que formas poligonales de las piedras, trapecios y molduras, se encuentran en el Perú de igual manera que en la antigua Italia. Los monumentos etruscos son bastante conocidos, y no habrá necesidad de señalarlos con sus nombres: los que principalmente conozco del Perú, que pueden servir de ejemplo para estudiar estos pormenores son, además de los citados antes, las ruinas del palacio de Mamacuna en Pachacamac, el palacio del inca Rocca y las fortalezas de Ollantaytambo y Tiahuanuco, con la particularidad de que en estas últimas ruinas

hay alguna puerta monolítica en la que se abandona la forma de trapecio, por ser inútil bajo el punto de vista de la solidez; pero han conservado sistemáticamente la moldura.

¿Serán casuales estas semejanzas arquitectónicas entre el nuevo y el viejo continente? Nadie dudará de que merece discutirse el problema.

Pero debo recordar que no me ocupo de otros monumentos, salvo los del grupo concreto que presenta con mayor claridad esas analogías, pues aparte de éstos, existen numerosos é importantísimos, revestidos de variedad de formas, y en los que seguramente han de hallarse verdaderos rasgos de fantasía y de originalidad peruanas; tales son, entre otros infinitos, los del lago de Umaya, los de Cacha, de Palca, de Chimu, de Hervai, de Cajamarquilla, Quisque, etc., etc. Mi intención es señalar coincidencias que sean susceptibles de comparación.

Siguiendo en este propósito, indicaré ahora las que acuden á mi memoria, con relación á los monumentos mexicanos. Tienen los Teocallis semejanza absoluta con edificios de la misma forma levantados en el Thibet, en Cambodia y en toda la parte fronteriza entre la India y la China, así como en otras localidades de estas regiones del Oriente. Comparados los Teocallis de Tehuantepec y de Xochicalco con los templos piramidales de Sukú y de Boro Budhor en la isla de Java, se descubren verdaderas identidades de estructura y de pormenores, hasta el punto de que parecen obras de los mismos artistas, é inspiradas en iguales móviles. En el territorio de Yucatán, que es el más abundante en restos de ciudades antiguas, se ven multitud de fábricas que afectan la hechura piramidal, y en la parte inferior de una de estas pirámides se destaca una enorme cabeza de figura humana hecha de mampostería y modelada con cemento, que sirve de base á grupos de pilastras y especies de doseletes que cargan sobre ella. Nadie extrañaría encontrar en Cambodia ó en la India, donde son frecuentes, estas que llamaríamos rarezas de construcción; pero en América hay que considerarlas como exóticas. Lo mismo afirmaríamos de dos estatuas de Palenque que publica el Dr. Peñafiel (t. 1, láminas 141 y 142), y que, si hubieran sido encontradas en Egipto en lugar de aparecer en Yucatán, ningún arqueólogo hubiera sospechado que

fuesen de distinta procedencia; son allí de igual manera plantas importadas.

Con estos ejemplos y con algunos más que pueden estudiarse hoy llevando la investigación por el camino indicado, resultan palmarias las analogías entre el arte monumental de México y del Oriente; pero es preciso confesar también que los trabajos de esta índole se hacen todavía con dificultad; carecemos de exploraciones llevadas á término por verdaderos arqueólogos, con especialidad en el extremo Oriente, y hay que acudir las más veces á viajeros, dignos sin duda de grandísimo aplauso, pero que, inducidos á escribir con distintos fines, no pueden concretarse á los pormenores que interesan sólo á la solución de los problemas indicados.

He procurado demostrar con hechos indubitados las coincidencias que existen entre los monumentos del antiguo y del nuevo continente; pero conste que no he presentado más ejemplos que los sucintos y necesarios para apoyar la tesis. Mis afirmaciones no tienden á otra cosa que á iniciar la cuestión sobre fundamentos más sólidos que los que yo conozco expuestos hasta ahora; porque no aspiro á la originalidad, en cuanto á la sospecha por multitud de autores expresada, acerca de analogías de arte en ambos hemisferios. El trabajo está por hacer, y el que lo emprenda con entusiasmo, encontrará, á pesar de las deficiencias que acabo de notar, materiales preciosos para conseguir el éxito.

Aducidos los hechos, séame lícito confirmarlos con algunas consideraciones que de los mismos se derivan; y principiemos repitiendo la pregunta apuntada anteriormente. ¿Serán casuales estas semejanzas? Sin necesidad de acudir á fuentes científicas, el sentido común nos dice que la humanidad ha debido desplegar sus energías de igual manera, siempre que se haya encontrado en condiciones semejantes; pero entiéndase en los momentos de su cultura primitiva, lo cual se patentiza con el inmenso grupo de restos, llamados comunmente prehistóricos, que se encuentran en todos los países del globo y que ofrecen las mismas particularidades de forma.

Viene más tarde el desarrollo artístico: fijemos la atención especialmente en la arquitectura, y veremos que aquí terminan

las semejanzas, á menos que se justifiquen admitiendo la importación de formas y de ideas de unos pueblos á otros. Porque las analogías no pueden pasar de ciertos límites, y siempre dentro de la esfera de trabajos elementales; nunca se da el caso en la historia del arte de que aparezcan en distintas localidades, debido á la casualidad, formas y pormenores que representan las más veces muchos siglos de cultura.

El orden dórico, gloria del arte griego, se consideraba antes en su conjunto y en sus pormenores como la obra más original y perfecta de la arquitectura antigua: no negaré su perfección, ni que se debe exclusivamente al espíritu de aquel insigne puebla; pero conocidas las tumbas de Beni Hasan y otros restos del Egipto, la originalidad hay que negarla, como la niegan en absoluto los autores modernos. Sería imposible hoy acudir á la teoría de *coincidencias casuales*, porque entonces había que extenderla y aplicarla á los cornisamentos del dórico, á sus volutas, á las estrías de las columnas, al capitel corintio y á otros varios pormenores que parecen de pequeña entidad, pero que no se han inventado casualmente en Grecia, en Persépolis, en Nínive y en Memphis, con independencia y desconocimiento los unos de los otros. El catálogo de estas semejanzas, jamás casuales, sería interminable en presencia de la historia artística del mundo.

No hace muchos años que han comenzado á estudiarse en la India relieves que decoraban algunos templos antiguos, los cuales, si bien representan asuntos de la religión de Budha, están perfectamente tallados á la manera clásica; hasta en los trajes de las figuras se ven reproducidas las togas y pormenores de la indumentaria romana. Otro problema en el que la extremada identidad de formas y de modelado impedía acudir al argumento de la casualidad. Y es que en la India, en el desarrollo del conjunto de sus monumentos, se destacan notas salientes que la asemejan á México y á Yucatán: hay en ambos países construcciones que presentan caracteres de indudable originalidad, pero al propio tiempo se descubren grupos de monumentos que reflejan de igual manera la influencia extraña: la India, en algunos de los numerosos estilos arquitectónicos que posee, ha introducido modelos del Egipto, de la Asiria, de Persia, de

Grecia y Roma, como después lo ha hecho copiando á los musulmanes. Todos los pueblos, salvo el Egipto, han importado ideas y formas de otras localidades que consideraban superiores á ellos; Roma nos da el mejor ejemplo; pero, una vez aclimatada la importación, el arte adquiría unidad y valor propio; solamente en la India y en México me parece que flaquea la ley con relación á los monumentos que, prescindiendo de fechas, presentan caracteres semejantes á los de la época antigua.

Algo parecido, algo también de estilos híbridos de arquitectura, se ofrece en el Imperio peruano, aunque en menor escala. Pero lo que propiamente merece llamar la atención es la poca ó ninguna influencia, la escasa relación artística, que ha mediado entre México y el Perú, siendo relativamente corta la distancia material que los separa. Cada cual va por su camino; y si, llevando la investigación más lejos, consideramos que ni en uno ni en otro país responden las construcciones á necesidades imperiosas de la localidad, al clima por ejemplo, hasta el punto de que resultarían más racionales en México muchos edificios del Perú, y en el Perú la mayor parte de los de México, la consecuencia natural que se deduce es la de importación de formas y sistemas. Á este propósito conviene recordar lo que dejo apuntado antes expresamente acerca de los orígenes de las construcciones en donde se justifican, ya el empleo exclusivo de la piedra, ya el de la madera ó mixto. Estudiada la localidad, no parece que existe razón alguna para que se hayan utilizado ambos sistemas, suponiendo que hubieran nacido en América; se comprende bien el de uno solo, el mixto de madera y piedra.

Una circunstancia, fundada solamente en la tradición, pero que puede estimarse como histórica en su esencia, me parece que concilia y pone de acuerdo estas disonancias. Manco Capac en el Perú, y Quetzalcoatl en México, primitivos fundadores de aquellos Imperios, son extranjeros que llevan allí las artes y las ciencias; más claro, que importan la civilización. Así principia la historia de estos pueblos, recibiendo la ilustración de otros países, y por conducto de personajes procedentes de distinta localidad.

Demuestran fácilmente las anteriores observaciones que hubo en algún tiempo comunicación y relaciones entre la América y

los antiguos pueblos del Mediterráneo y del Oriente; pero se aducen argumentos en contra que tienen importancia, hasta el punto de que hay alguno que no encuentro manera de rebatir, dado el estado rudimentario en que se encuentran todavía esta clase de estudios. Serán, si se quiere, cuestiones de menor trascendencia; pero el pro y el contra se debe estimar en toda discusión de buena fe; y así entiendo que merece consignarse el principal argumento en contrario, que es el siguiente: los americanos, á la llegada de los españoles, desconocían el uso del hierro, la escritura alfabética, los animales domésticos y los cereales; todo lo cual era perfectamente conocido de los pueblos que les comunican las formas arquitectónicas que dejo indicadas. ¿Cómo se justifica la deficiencia? Ya he significado que no encuentro hoy medio de hacerlo, aunque posible será que el día menos pensado se aclare la duda; mientras tanto, no pueden perder fuerza ninguna los argumentos favorables á la importación de formas monumentales en aquel país; porque se prueba con hechos tangibles, y porque el campo de los testimonios auténticos se ensancha al compás de los estudios.

Falta ahora, como complemento de las opiniones emitidas, y para su mayor ilustración, exponer algunos datos sobre navegaciones y viajes verificados en la antigüedad, los cuales amplían considerablemente el terreno de la discusión. Tampoco he de ser prolijo en esta parte, á pesar de que los estudios modernos permiten tratarla con grande extensión.

La historia de las religiones de la India nos demuestra que Budha no logró conseguir que en su tiempo fuesen aceptadas en el país las doctrinas religiosas que practicaba; pero aconteció todo lo contrario é mediados del siglo III antes de la era cristiana: entonces se adoptaron sus creencias, con extraordinario fervor y entusiasmo, y se propagaron con tal éxito, que todavía persisten en dilatados territorios del Oriente. Comenzaron en aquella época, y continuaron por espacio de casi mil años los trabajos de propaganda, empeñándose en llevar la religión de Budha hasta los más remotos confines de la tierra. Fueron por mar los más de los viajes que emprendieron los devotos con semejante motivo, y se conocen hoy relaciones escritas de algunos de ellos, las cuales tienen el inconveniente de que no señalan

nombres, ni dan otros pormenores que serían en la actualidad decisivos para determinar fijamente las comarcas que visitaban; pero en cambio, ofrecen tales y tan interesantes particularidades sobre las inmensas distancias que recorrían por mar, y sobre las playas enteramente desconocidas á donde arribaban, que no es posible aceptar estos curiosísimos datos sin aplicarlos, ó al menos sin presumir con sobrada razón que se refieren en gran parte al estrecho de Behering y á las costas americanas del Pacífico. Tenemos aquí, suponiendo mejor estudiados los textos, la presunción, con visos de realidad, de haber existido comunicación en tiempos remotos entre el Oriente y la América. Veamos lo que ocurre por la parte del Occidente y del Atlántico.

Debieron existir en Grecia, en tiempos de su mayor cultura, relaciones escritas de los grandes viajes realizados por fenicios, etruscos y cartagineses, y de ellas se tomarían sin duda las breves noticias que han llegado hasta nosotros, consignadas en los libros de Platón, Aristóteles, Proclo y Diodoro Sículo. No se concibe que autores de tan reconocida importancia se dedicaran á inventarlas, sin necesidad ni razón alguna para ello, y aun suponiendo que fuesen obra de la fantasía, se concibe mucho menos que resultasen todos de acuerdo, á pesar del tiempo y la distancia que median entre unos y otros; así es, que principio por anotar que no encuentro motivo para discutir seriamente este argumento que suele oponerse á las afirmaciones de Platón y de Aristóteles, y paso á exponer sencillamente los textos.

Dice Platón en el Timeo: «porque en aquel tiempo era el mar navegable en esos parajes; puesto que existía una isla enfrente de la embocadura, que llamamos Columnas de Hércules, y esta isla era mayor que Africa y Asia juntas, y desde ella pasaban á otras islas en sus viajes los hombres de ese tiempo, y desde estas islas al entero continente directamente opuesto, que está limitado por el verdadero mar. Porque aquella isla que se halla dentro de la embocadura de que hemos hablado es aparentemente un puerto con la entrada estrecha; pero la otra isla que está más allá es en realidad un mar, y la tierra que la rodea debía, con mayor corrección y con absoluta verdad, llamarse continente.» Tenemos consignada aquí la idea de un ex-

tenso continente en dirección opuesta al estrecho de Gibraltar. En el comentario de Proclo acerca de este pasaje, copia lo siguiente, tomado de Marcelo: «Que tal isla y de tanta magnitud existía antes, es un hecho citado por algunos de los historiadores que han tratado el asunto del mar externo.»

Aristóteles, en su tratado *De Mirabilibus*, se expresa de este modo: «Se refiere que en el mar que hay más allá de las Columnas de Hércules descubrieron los cartagineses una isla desierta, distante muchos días de navegación, la cual contenía toda clase de árboles, ríos navegables, y era notable por la diversidad de frutos. Los cartagineses acudían allí las más de las veces con motivo de tales recursos, yendo y estableciéndose en ella; por cuya causa, el Senado cartaginés prohibió semejantes viajes bajo pena de muerte, y desterró á los que se habían establecido allí, de miedo de que, informándose del hecho, otros se preparasen á luchar contra ellos por la posesión de la isla y decayera la prosperidad de los cartagineses.»

Las noticias más extensas y que considero decisivas en este asunto, son las que da Diodoro de Sicilia en el cap. 2.° del libro 5.° Dice así:

«Después de haber tratado de las islas que caen al Oriente, dentro de esta parte de las Columnas de Hércules, nos lanzaremos ahora al gran Océano, para tratar de aquellas que se sitúan más allá de él; porque en frente de África existe una isla muy grande en el vasto Océano, de muchos días de navegación desde la Libia, en dirección á Occidente. Es aquí el terreno muy fructífero, aun cuando sea montañoso en gran parte, pero muy parecido á tierra de vega, que es lo más placentero y agradable de todo lo demás; porque está regado por varios ríos navegables, embellecido con muchos jardines de placer, plantado con diversas clases de árboles y abundancia de frutales, todo ello atravesado de corrientes de agua dulce. Los pueblos están decorados con majestuosos edificios, pabellones para celebrar banquetes aquí y allí, agradablemente situados en sus jardines y huertas. En ellos se recrean durante la estación de verano como en lugares á propósito para el placer y la alegría. La parte montañosa del país está cerrada por muchos y grandes bosques, y por toda clase de frutales, y para mayor deleite y diversión de

los que habitan en estas montañas, resulta que siempre y á cortas distancias se abren los bosques en valles placenteros, regados con fuentes y con frescos manantiales. Y verdaderamente la isla entera abunda de nacimientos de agua dulce; de donde los pobladores no solamente sacan placer y alegría, sino que mejoran en salud y en fuerzas corporales. Allí encontraréis caza mayor en cantidad suficiente de toda clase de animales silvestres, de los cuales hay tantos que de nada se carece en sus fiestas con relación á la pompa y al deleite. El mar inmediato los provee plenamente de pesca, porque el Océano abunda allí naturalmente de todas suertes de pescado. El aire y clima de esta isla es muy templado y saludable, hasta el punto de que los árboles producen frutos (y otros productos de allí están frescos y hermosos) la mayor parte del año, de manera que esta isla, por su excelencia bajo todos respectos, parece más bien la residencia de alguno de los dioses que de los hombres. Antiguamente, por motivos de su situación remota, fué enteramente desconocida, pero después fué descubierta por la siguiente causa.

»En tiempos antiguos emprendieron los fenicios frecuentes viajes por mar en busca de tráfico como mercaderes, para lo cual establecieron muchas colonias, así en Africa como en las partes occidentales de Europa. Habiendo tenido éxito estos mercaderes en sus empresas, y siendo muy ricos por consiguiente, se alejaron al fin de las Columnas de Hércules dentro del mar llamado Océano. Y ante todo construyeron la ciudad llamada Gades, cerca de las Columnas de Hércules, en la costa del mar, en un istmo en Europa, en el cual, entre otras cosas propias del sitio, levantaron un majestuoso templo á Hércules, é instituyeron espléndidos sacrificios que se le debían ofrecer de acuerdo con los ritos y costumbres de los fenicios: este templo continúa en grande veneración al presente, lo mismo que en las pasadas edades, hasta el punto de que muchos romanos renombrados y célebres por su cuna y por sus acciones gloriosas han hecho sus promesas á esta divinidad, y después de conseguir el éxito en sus asuntos, las han cumplido fielmente. Los fenicios, por consiguiente, según acaba de referirse, habiendo encontrado la costa más allá de las Columnas, y navegando á lo largo de la playa de Africa, fueron arrojados de repente por una tormenta

furiosa muy lejos adentro del gran Océano, y después de haber permanecido muchos días bajo esta violenta tempestad, arribaron por último á esta isla, y de este modo tuvieron conocimiento de su naturaleza y hermosura, siendo ellos los primeros que la descubrieron á los demás. En su consecuencia, los etruscos (cuando ellos eran señores del mar) determinaron enviar allí una colonia, pero se opusieron los cartagineses, porque temían que muchos de sus propios ciudadanos se establecieran en ella atraídos por la bondad de la isla, y porque pretendían conservarla como lugar de refugio para ellos mismos, en el caso de que un repentino é inesperado golpe de fortuna pudiera producir la ruina total de su Gobierno. Pues siendo entonces poderosos en el mar, no dudaban de que podrían con facilidad, siendo desconocida de los conquistadores, transportarse ellos y sus familias á esta isla.»

El texto de Diodoro no ha sido impugnado como el de Platón; pero el resultado es poco más ó menos el mismo, puesto que historiadores y geógrafos lo han aplicado generalmente á la isla de la Madera, quedando satisfechos de su afirmación, y el texto casi relegado al olvido. El error en que incurren me parece, sin embargo, fácil de demostrar: Diodoro continúa su relación del Atlántico describiendo á Inglaterra y la llama *una isla*, no una *gran isla*, como insiste en denominar á la otra, y todavía Inglaterra, á la que no considera grande, es mucho mayor que la Madera; y creo que esto basta, sin recurrir á los datos sobre ríos navegables, palacios, y extensión suficiente para contener, en estado de riqueza, al país entero de la República de Cartago, en el caso de una repentina calamidad. No se refiere ni pudo referirse el autor á más localidad que América; la cual fué indudablemente conocida de fenicios, etruscos y cartagineses: la influencia de éstos en el arte americano, fundada, como se ha visto, en coincidencias tangibles, es un hecho que se justifica sin necesidad de exagerar los argumentos.

Dejo íntegro, para que otros lo discutan, el estudio de las lenguas y de las mitologías americanas, elementos importantísimos y auxiliares necesarios para resolver esta clase de problemas, y doy mi tarea por concluída. Pero antes deseo apuntar una observación destinada á aquellos que dudan ó niegan la posibilidad

de esas navegaciones de altura en los tiempos antiguos. Hoy está demostrada hasta la evidencia la ocupación de una parte de la América del Norte por los navegantes noruegos, verificada en la Edad Media, desde el siglo x al xv: no es cuestión de conjeturas, como hace unos cuantos años; se han encontrado restos auténticos de monumentos noruegos en Labrador, en la Nueva Finlandia, en las costas del Golfo de San Lorenzo y en en otras muchas localidades: es histórico que en el año 1000 de nuestra Era desembarcó en aquellas playas el noruego Leif Ericsson. En vista de tales antecedentes, opino que no es posible negar á fenicios y cartagineses, que han sido los mayores navegantes del mundo antiguo, con marina y recursos infinitamente superiores á cuanto pudiera soñar la Edad Media, lo que tenemos que conceder, obligados por la fuerza de los hechos, á los valientes exploradores escandinavos.

---

# AMÉRICA

EN LA

# ÉPOCA DEL DESCUBRIMIENTO



